

VIAJE A EUROPA

A principios de abril de 1925 partí con el United Fruit-Liner Santa Marta, de Puerto Colombia. Justo cuando nuestro vapor acababa de salir del muelle, se dieron cuenta de que aún había algunos visitantes a bordo que no habían oído la señal de partida y eran pasajeros del vapor español ubicado enfrente. Asediaron a nuestro capitán con ruegos de que esperara solo un momento para darle la oportunidad al vapor español de enviar un bote de costado, pero fue en vano. Partimos, y los viajeros referidos debieron acompañarnos hasta Santa Marta, pagando el pasaje, y además perdieron conexión con el vapor español, que salía una vez al mes. Todos los que estábamos a bordo tuvimos la sensación de que nuestro capitán se podría haber mostrado algo más complaciente en esas circunstancias y el hombre nos siguió siendo antipático durante todo el viaje.

Entre los viajeros encontré, en cuanto a conocidos, a un viejo matrimonio suizo de Medellín, Luis Heiniger y señora. Poseían el mejor negocio de joyas y relojes en Medellín, y una gran hacienda de café en cercanías del pueblo de Titiribí, no lejos del río Cauca. Los Heiniger eran personas tranquilas, serias, que casi siempre se mantenían de forma reservada.

Después de una breve estadía en Kingston, Jamaica, llegamos una mañana, después de un buen viaje, a Nueva York. Había bastante niebla y el famoso barrio de rascacielos recién fue visible cuando pasamos por la *Battery*¹⁰. Tras haber finalizado en forma rápida los trámites de aduana, los Heiniger y yo fuimos al hotel MacAlpin, donde habíamos decidido hospedarnos, y del que me gustó bastante su ubicación por prescindir del ruido de la zona atestada de tránsito. Apenas me había acomodado, me puse en contacto por teléfono con nuestro representante en Nueva York, Mr. Henry Lüdeke, de la empresa C. A. Stern & Co., quien me invitó a ir enseguida a su oficina para conversar.

Encontré en Lüdeke, así como en su socio sénior Stern, a personas muy amables, con los que me hice amigo. Ese mismo día inicié la visita a nues-

¹⁰ Originariamente fortificaciones holandesas en la punta suroeste de Manhattan.

tras conexiones bancarias, las cuales me recibieron, sin excepción, de manera muy amable y servicial. En la Equitable Trust Company fui recibido por el director del Foreign Department, Mr. Le Blanc, un canadiense francés. Cuando mencioné de nuevo el desagradable incidente de 1923, cambió pronto el tema y subrayó la actual relación sumamente agradable entre nuestros dos bancos.

Todos los bancos que visité me ofrecieron créditos, sin que yo los tuviese que solicitar. Eran muy oportunos para mí. También acepté montos mayores a los que podía necesitar, porque ya tenía la experiencia de que, en un caso de necesidad urgente, solo estaría disponible en realidad una parte de estos créditos ofrecidos con tanta amabilidad. La suma total de los créditos acordados ascendía a varios millones de dólares. En todos los lugares tuve que prometer pasar de nuevo.

El tiempo en Nueva York se me pasó muy rápido. Estuve invitado casi siempre al mediodía, y en la noche con frecuencia. Al mediodía por los bancos y las empresas que visitaba, y en la noche y los domingos, la mayoría de las veces, por Lüdeke y Stern. Un socio de Huth & Co., Mr. McDermot, me invitó a pasar la noche en su casa, ubicada en la colonia de millonarios Tuxedo Park. Fue mi primer contacto personal con ese estrato social. McDermot, un inglés más o menos de mi edad, era culto, de buen carácter. Su esposa era norteamericana, aún muy joven, y como me habían dicho, heredera de una gran fortuna. Se aburría durante nuestras conversaciones de negocios y sacudía la cabeza ante el hecho de que existieran personas como yo, que vivían voluntariamente y con gusto en 'esos' países como Colombia.

Para la continuación de mi viaje a Europa pude conseguir justo un camarote de oficiales en el vapor Stuttgart. La temporada de viaje estaba en pleno auge y todos los barcos iban repletos. Conmigo viajaba un hermano del bremense Georg Schütte, Fritz Schütte, con su esposa norteamericana, la señora Gladys. Fritz Schütte había estado una vez en Medellín, en 1913, donde lo había conocido. Acababa de conocer a su muy graciosa esposa en Nueva York.

En Plymouth abandoné el Stuttgart para viajar a Londres, donde tenía que visitar mis conexiones bancarias u otras por el estilo. También estas visitas fueron muy satisfactorias. Sobre las minas de Marmato recibí informes tan desfavorables que, poco tiempo después de mi regreso, abandoné la vinculación. Siguiendo el consejo de un banquero, pasé un día visitando la Imperial Exposition en Wembley, cerca de Londres. Fue muy interesante, pero lo que más me quedó en la memoria fueron los gigantescos afiches, los cuales hacían publicidad en los pabellones de Canadá, Sudáfrica y Australia para atraer inmigrantes. El éxito de estas publicidades, así me dijeron, fue muy escaso; solo se deseaban inmigrantes de Gran Bretaña, que no existían en cantidades significativas. ¡Muchas cosas en el mundo hubieran sido distintas, quizás, si

en aquel momento se hubiera organizado un movimiento de emigración más generoso desde Europa Central!

De Londres pasé por Harwich/Hök van Holland a Bremen, donde fui recibido por Held otra vez, de manera muy amable. Estaba muy satisfecho con la evolución de las cosas en el banco. Lo veía casi a diario, en parte en su oficina o en la del banco, otra parte en su residencia, y repetidas veces en la casa de campo, que había adquirido cerca de Döttlingen.

Mi círculo de conocidos en Bremen era ahora mucho más grande que en 1921 y durante las dos semanas de mi estadía tuve casi más invitaciones de lo que mi tiempo disponible me permitía. Varios alemanes que habían residido en Colombia se habían retirado a Bremen, entre ellos mi viejo amigo August Borné, con quien me reunía con frecuencia; había comprado una hermosa casa con un jardín grande, en la Schwachhäuser Heerstraße 100. Sin embargo, a su esposa colombiana, nativa de Manizales, no le terminó de gustar nunca Bremen.

Un día logré, a raíz de un deseo expresado por ambos lados, concertar una reconciliación entre Held y Borné. Ambos se encontraron, como si hubiese sido por casualidad, en la oficina del banco, y Borné, por ser el más joven, dio el primer paso para el saludo, aunque se mantuvo una relación algo distante entre los dos, cuyo principal motivo era la feroz competencia que se hacían mutuamente las empresas en Cali por tener el mismo rubro.

Nuestro banco se había ampliado en Bremen y había adquirido un edificio comercial representativo, ubicado en Domshof 17/18. El director real de la sucursal local era ahora Thiel, a pesar de ser solo oficialmente miembro del Consejo de Supervisión, lo mismo que Kellner, cuyo yerno Mauritz era por denominación el jefe o director de ella. Lamentablemente había entre estos dos últimos y Thiel, y luego a su vez entre estos tres y Held, una relación muy desagradable, lo que perjudicaba tanto las transacciones comerciales como el prestigio del banco. La situación era muy penosa y se diferenciaba mucho de la que reinaba en el banco en Colombia, donde existía entre la dirección alemana y el Consejo de Control colombiano en aquel momento la mejor relación posible de imaginar.

De Bremen me trasladé a Hamburgo para una estadía de varios días y luego a Stettin, donde pasé algunas semanas agradables y tranquilas con mi madre y mis hermanas. Seguían viviendo en el pequeño departamento, en la Scharnhorststraße 15g, a donde nos habíamos mudado después de la muerte de nuestro padre en 1906; llevaban una vida modesta y tranquila. Solo Grete, mi hermana más joven, vivía de modo permanente con mi madre. Era funcionaria pública en un seguro de salud. Mimi, la hermana mayor, que se desempeñaba

desde hacía varios años como ama de llaves en el hotel Metropole, vivía allí y solo volvía a casa de visita.

Mi madre ya no tenía exigencias en la vida. Se dedicaba, sobre todo, al cuidado del pequeño hogar y a la correspondencia con sus hijos dispersos por el mundo. Mi hermana mayor Mimi vivía casi de la misma forma, tranquila y poco exigente. Grete, por el contrario, era tan ‘extravagante’ que alternaba regularmente con un pequeño círculo de amigas, e incluso era miembro de un coro.

Al igual que en mis vacaciones cuatro años atrás, volví a visitar los lugares y los conocidos de siempre en la ciudad, ante todo a mi exjefe Radczewski, al que encontré bien de salud y en buenas condiciones. En general hallé el círculo de mis conocidos diezmando.

Cumpliendo el deseo de un conocido de Medellín, Walter Springer, quien también estaba de vacaciones en Alemania, pasé varios días con él en Mecklemburgo, en la playa marítima Börgerende, cerca de Heiligendamm, próxima a la ciudad de Rostock.

Después de pasar varias semanas en Stettin, decidí hacerme otra vez, por consejo médico, un tratamiento balneoterapéutico de tres semanas en Kissingen. La vida del tratamiento balneario no me agradaba mucho, pero como una vez me había sentado muy bien, pensé que era acertado repetir el tratamiento. Allí seguí las indicaciones del médico, doctor Guido Werlich, en Rosenstraße 2, al pie de la letra, y al final de la cura me sentí como nuevo.

Durante ese tiempo conocí algunos alemanes de Argentina que eran conocidos de Kellner cuando vivió en Bahía Blanca. Había un señor bastante entrado en años, cuyo nombre ya no recuerdo, que era multimillonario y entre otras cosas poseía un castillo junto al Rin. Además, una familia Denker, con una hija de diecinueve años, Delia. El anciano señor, del cual me hice amigo, aparentemente temía que me pudiera enamorar de Delia, pues era bonita y elegante, y me dijo un día: “¡Escúcheme! Quien se case con ella, ya no hace falta que ese diga: “¡Que Dios me castigue!”, ¡a ese ya lo han castigado!”. Conocía a la familia Denker desde hacía muchos años y mencionó que tanto la hija como el hijo, que no estaba en Kissingen, habían sido educados irracionalmente y estaban tan consentidos como fuera posible.

Después de terminar mi tratamiento viajé a Fráncfort del Meno para visitar a mi tía Hermine, donde por años ocupaba un buen puesto como ama de llaves en el primer hotel de la ciudad, el Frankfurter Hof. Luego estuve unos días en Múnich y otros en Garmisch-Partenkirchen. En esta última localidad había previsto una estadía algo más prolongada, pero llovía tanto que al tercer día me fui. Por lo menos logré escalar una montaña (creo que fue el pico Kramer, si recuerdo bien el nombre), de la que volví totalmente mojado. La peor parte

de la lluvia la pude pasar en una cabaña para turistas, en la cual encontré un solitario alpinista, que quería pernoctar allí y me invitó a una taza de té. Además de esta excursión, visité también una vez al bellamente ubicado Rieserseersee, en el que incluso pude tomar un baño, aunque algo frío.

Mi próxima meta de viaje fue Viena, donde le había prometido a mi hermano Erich una larga visita. El viaje duró casi todo el día y aún lo tengo nítido en la memoria gracias a los bellos paisajes que recorrí. Primero el tren de Mittenwald bordeó la ladera de la pared Martinswand a Innsbruck, donde se debía traspasar. Luego siguió un tiempo mucho mejor a través de los magníficos paisajes alpinos hasta Viena, donde Erich me esperaba en la estación.

Fueron unas hermosas semanas las que pasé en Viena (hotel St. Stephan). Erich, que tenía un puesto muy bueno en la empresa de exportación de productos textiles F. Schmitt, ya conocía la ciudad y sus alrededores muy bien y bajo su guía volví a conocer mi ciudad natal bastante mejor. Varias veces hicimos excursiones a los alrededores. Subimos al Kahlenberg y al Leopoldsborg con sus hermosos miradores sobre la ciudad y el ancho Danubio, que siempre me gusta recordar. Algunas veces concurrimos también a la piscina de natación al pie del Leopoldsborg.

También visitamos una vez el Prater, cuyo sector de diversiones con sus carruseles (*Ringelspielen* o tiovivo, como se decía en Viena, etc.) había ejercido una poderosa atracción para mí en la infancia. Algunas cosas volví a ver de las que aún recordaba; por ejemplo, mi carrusel favorito, “con los caballos vivos”, pequeños ponis. No obstante, con excepción de un restaurante donde se nos sirvió una comida muy buena, el Prater ya no tenía ningún atractivo para mí. La famosa Hauptallee —avenida Central— me causó una impresión triste: de haber sido llevado a pasear algunas veces de niño en el coche de alquiler (*fiaker*) y recordarla llena de elegantes coches y jinetes, ahora yacía abandonada, cerrada a todo tránsito. Los elegantes carruajes tirados por caballos, ya no estaban, solo de vez en cuando se veía un *fiaker* en las calles. Si estabas buscando un auto podía pasar alguna vez que un conductor de *fiaker* se ofreciera: “Tómeme —decía—, le llevaré allí más rápido”, pero los caballos que tenía delante de su coche no se podían comparar con aquellos que había visto en mi niñez.

Por la noche Erich y yo íbamos ocasionalmente a un teatro. Este tampoco era tan bueno como había sido cuatro años atrás. A menudo nos sentábamos en un agradable restaurante de vinos, como el Klosterneuburger Keller, y conversábamos hasta avanzada la noche. A veces Erich traía a su amigo y colega Max Rettensteiner, en aquel momento una persona espontánea y agradable. Mi otro hermano, Fritz, que había motivado a Erich a mudarse a

Viena, ya no estaba allí, sino que había migrado a México. Según sus cartas, le gustaba el país, aunque no tenía historias de éxitos dignas de contar.

Con nuestros parientes, que habían sido tan numerosos, Erich tenía poco contacto. Vivía con un matrimonio anciano y agradable, Anton y Mizzi Fritsch, Testarello Gasse 4, a los que llamaba tío y tía, para mí totalmente desconocidos. La tía tenía apellido de soltera Schwingel y por lo tanto pertenecía a la familia de mi abuela materna. Erich se sentía muy bien en la casa. De la familia de mi padre Erich solo sabía que la segunda esposa de nuestro abuelo, y sus hijos, aún vivían y a todos les iba bien. No estableció ningún contacto con ellos. Los parientes que yo conocía personalmente habían fallecido casi todos. Por lo demás, no hice ningún esfuerzo de reanudar viejas relaciones de parentesco.

Justo cuando estaba por marcharme de Viena recibí noticias de Thiel, quien se encontraba viajando con su esposa e hijo y llegaría en unos días a esa ciudad. Esperaba encontrarme aún allí para pasar unos días conmigo y me invitó a hacer el viaje de regreso a Bremen con él en auto. Acepté la propuesta, y cuando Thiel llegó unos días después a Viena, donde le había reservado a su pedido una habitación en un hotel, llevé a Erich conmigo a la primera visita. Thiel estaba de buen humor y se mostró encantador, de tal manera que Erich se llevó una buena impresión de la pareja, en especial de la señora Thiel.

Juntos compartimos una serie de días realmente muy hermosos. Durante el día visitaba con Thiel las atracciones turísticas de Viena, entre ellas el castillo en Schönbrunn, y durante las salidas en la noche Erich siempre formaba parte. El hijo de Thiel, Benito, algo complicado y no muy simpático la mayoría de las veces, era dejado al cuidado del chofer. A todos les gustaba Viena, que aún era una ciudad hermosa, pero aquellos que observaban con mayor detenimiento veían la decadencia y pobreza en general de la población.

Cuando al fin llegó la hora de partida, Erich se entristeció. Los Thiel lo encontraron muy agradable y ambos, sobre todo la señora Thiel, lo invitaron a visitarlos en Bremen.

El viaje de regreso a Bremen estaba programado por la Alta Austria, Salzburgo, Múnich, y una mañana, alrededor de la diez, partimos de Viena. Después de unas horas llegamos a Linz, junto al Danubio, donde paramos para descansar al mediodía y nos molestamos por una cuenta descarada de restaurante, seguramente debida al auto, que en aquel entonces aún no era un medio de transporte generalizado y provocó un aumento intencional del precio. Después de un hermoso viaje bordeando el valle a lo largo del río Traun, donde nos detuvimos varias veces para observar las bellezas paisajísticas de la zona, llegamos aún de día a Gmünden, junto al Traunsee (lago Traun), donde pasamos la noche en el hotel Am See, grande y hermoso.

Pero la parte más bella del viaje fue al segundo día, que nos llevó más allá de Ischl: el coto de caza del viejo emperador Franz Josef, a través de la hermosa región de Salzburgo a Berchtesgaden. Allí nos quedamos un día y medio o dos que aprovechamos para conocer la antiquísima y pequeña ciudad, hacer un viaje al Königssee y, por mi cuenta, algunas excursiones a pie.

Por la noche se presentó en el hotel un grupo de cantantes folclóricos bávaros de ambos sexos que interpretó canciones bastantes procaces y constantemente solicitaba a los oyentes de manera molesta, concederle repetidas rondas de cerveza o licor de genciana. Las mujeres del grupo terminaban su bebida tan velozmente como los hombres. A la señora Thiel le resultó la situación repugnante, en lo cual tuve que darle toda la razón, y pronto se retiró a su habitación. Thiel opinó que algo así era de todas maneras popular y había que verlo también. A pesar de eso, pronto seguimos el ejemplo de su esposa y también nos fuimos a dormir temprano.

Desde Berchtesgaden viajamos en cómodas etapas diurnas por Reichenhall y Wasserburg a Múnich, donde nos alojamos en el Park-Hotel, el cual conocía y me gustaba. Teníamos el propósito de quedarnos tres días en Múnich, pero la señora Thiel, quien ya extrañaba mucho a sus tres hijas, que se habían quedado en Bremen, decidió la noche de nuestra llegada regresar antes por tren a Bremen. Thiel, su hijo y yo decidimos llevar a cabo el viaje en auto tal como estaba planeado, hasta el final.

De Múnich viajamos a Eisenach. Fue nuestra jornada de viaje más larga, en la cual recorrimos algo más de cuatrocientos kilómetros, no gran distancia en comparación con los parámetros americanos. A pesar de eso, el viaje fue largo y agotador para el chofer. Mientras íbamos por Baviera avanzábamos bien por las calles rectas y anchas, pero en Turingia, donde los pequeños pueblos estaban uno al lado del otro, las calles eran angostas y no tan buenas, y atravesaban los valles a través de infinitas curvas a menudo bloqueadas por lentas yuntas de bueyes (o más bien de vacas), que nos obligaban a reducir la marcha.

En Eisenach permanecimos un día, que aprovechamos para una visita al castillo Wartburg. Luego seguimos por Gotinga a Hannover, donde pasamos la última noche del viaje y casualmente nos encontramos con Borné, quien nos acompañó en la jornada hasta Bremen, pasando por Verden, a orillas del río Aller. Temprana la tarde, llegamos a Bremen, donde me alojé de nuevo en el hotel Nordischer Hof y así finalizamos ese viaje agradable e interesante, sin incidentes.

Las cartas de Erich que llegaron en los días posteriores hablaban nostálgicamente de los hermosos días que habíamos compartido. Lamentaba que hubieran pasado tan rápido y me encargó muchos saludos para el matrimonio

Thiel, en especial para la señora Thiel. La peruana, aún muy bonita en aquel entonces, le había gustado mucho.

Debe haber sido a fines de julio o principios de agosto de 1925, cuando volví a Bremen. Las noticias de Colombia sonaban favorables. Como siempre, mi tiempo se repartía entre las visitas diarias al banco, conferencias de negocios con Held y otros, y muchas invitaciones. Mientras hacía planes sobre cómo usar mejor el resto de tiempo de mis vacaciones, sucedió un evento que convirtió todos estos planes en superfluos.